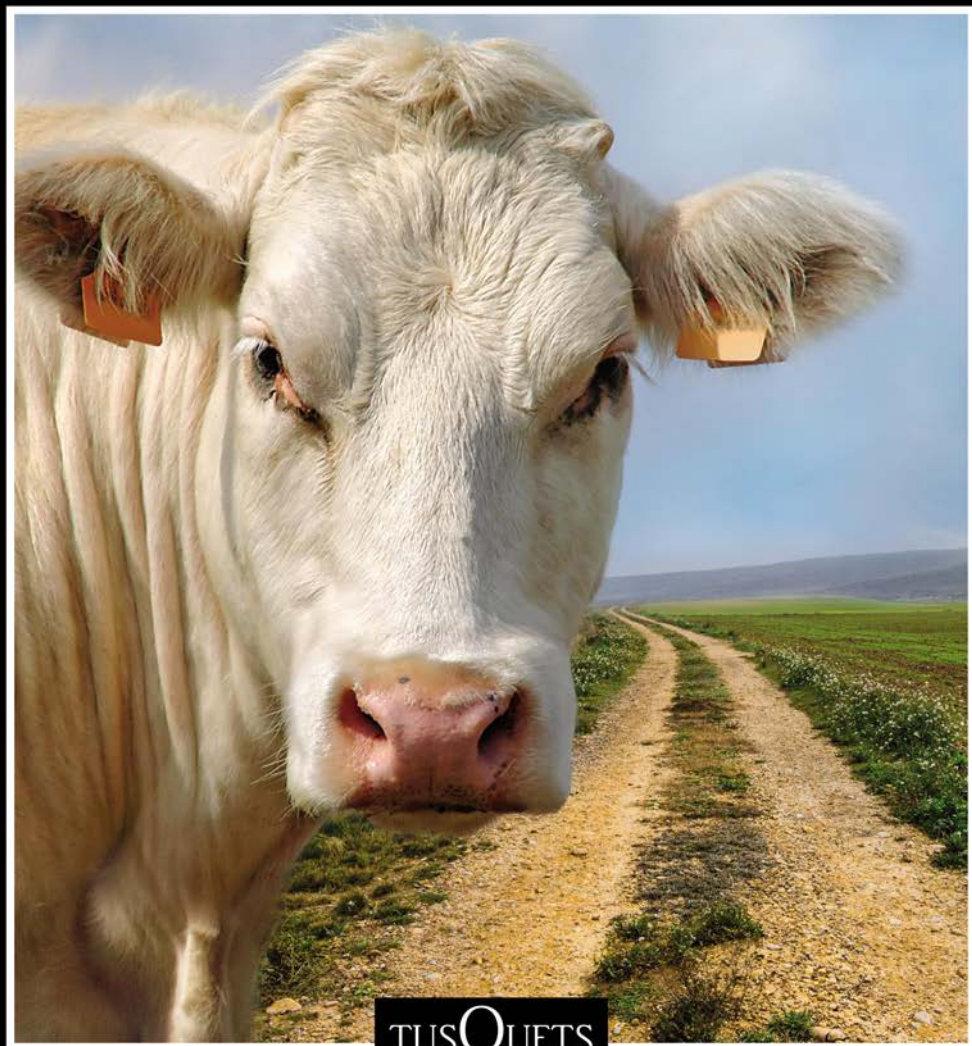


# María Martoccia

# AÑOS DE GRACIA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

# AÑOS DE GRACIA



*colección andanzas*

MARÍA MARTOCCIA  
AÑOS DE GRACIA

TUSQUETS  
EDITORES

Cuando Angie toca el timbre, Felisa está en el lavadero y la señora Amelia, envuelta en una manta, mira el jardín desde su habitación. Los rosales dejan caer los pimpollos que no florecieron por falta de agua y las hojas que apiló el nuevo jardinero corren sobre el pasto. La señora Amelia fija la vista en un pino, el viento inclina su punta como lo haría con la pluma de un sombrero; sin falta debe decirle a ese muchacho que cargue las hojas en la carretilla y las queme junto a la acequia —con sumo cuidado—; sólo falta que se escape el fuego. Aparta la vista del pino. «Los Lozano se hacen los que no saben pero cuando quieren, las cosas quedan como tienen que quedar. Plata al divino botón.» Amelia resopla molesta y no distingue la silueta de Angie, tapada por el alero de la galería, aunque oye, con ese oído típico de los recluidos, que llaman a la puerta. Un evangelista inoportuno, piensa. Lo mismo se le ocurre a Felisa en el lavadero. Hay que dejar que se canse. Pero Angie sigue insistiendo, camina unos pasos y se detiene frente a las figuras talladas en el aljibe: cuatro dioses romanos separados por el relieve de una planta que parece un cardo, un tallo largo, una flor en forma de pompón y a su alrededor las hojas, simétricas, exactas. Se inclina y pasa un dedo por la superficie: siente el mármol frío y se estremece. Probablemente este aljibe sea una de las piezas que le enu-

meró su madre. Y al detenerse para observar a Neptuno, Angie queda a la vista de la señora Amelia, que se incorpora en la silla de ruedas más de lo que suele hacer cuando está acompañada. La manta —roja y verde— cae al piso. Intrigada, Amelia frunce el ceño, no le parece que la visitante sea una evangelista: tendría la pollera más larga, además, no lleva bajo el brazo la típica Biblia de tapas negras y, sobre todo, una evangelista jamás se hubiera inclinado para observar las figuras talladas en el aljibe. ¿Quién es? Tiene miedo de que le traigan malas noticias de Sebastián. Gira la silla con sorprendente energía y se detiene en el umbral de la habitación:

—¡Feli, la puerta! —El grito retumba en el pasillo y desciende a la planta baja como si fuera la orden de un capitán a su tripulación. —¡Feli! —repite, esta vez casi en un susurro.

Nadie le responde. «Vaya a saber si oyó. Feli tiene bien las piernas, pero todo lo demás le empezó a fallar antes que a mí. Y eso que las dos tenemos sesenta y siete, ella es de julio y yo de octubre.» Entonces Amelia mira detenidamente la escalera que hace ya tres años no baja por sus propios medios; la poca luz que se filtra por las cortinas color obispo ilumina los primeros escalones. Conoce de memoria el paisaje que se ve por esa ventana, es casi la única fracción de naturaleza que puede disfrutar sin ayuda —excepto el jardín delantero que controla desde su habitación y que le permite saber quién llega antes de que toque el timbre. Se dirige a la ventana, y con ambos brazos corre las cortinas y las anuda con un cordón dorado rematado por tres borlas. La cara se le pone roja debido al esfuerzo y se le humedecen la frente y las aletas de la nariz. Jadea como un atleta cansado. Ahora la luz ilumina la escalera completa. Esto es otra cosa. Cuando mandó refaccionar el caserón que le compró

a los Duggan —una oportunidad en plena crisis de 2002—, el arquitecto cambió de lugar una columna para que las sierras quedaran perfectamente encuadradas. Desde entonces, el pueblo creció en esta dirección: lotearon, alambra-ron y cavaron pozos que llegan a tener sesenta metros; las nuevas construcciones surgen sin orden, desparramadas como los restos que deja la marea sobre la playa. Un puente de hormigón a medio terminar cruza el lecho de un río exiguo. Amelia mueve la silla con la mano derecha: justo donde comienza el terreno vecino, unos hermanos instalaron un taller mecánico y desde lejos los hierros retorcidos producen el efecto de un bosque carbonizado, pero las sierras siguen intactas: marrones o violetas, secas o fértiles, según el promedio de lluvias. Hay otros pueblos, en cambio, que en el curso de estos años se poblaron tanto que resulta difícil encontrar un monte de quebrachos o una cascabel. Entrecierra los ojos: un caminito de tierra del ancho de un pulgar serpentea por la ladera donde se lanzan los audaces en parapente. El cartel de la escuela del suizo se lee a medias: «Aprendé a vol...» ¿Será cierto que el intendente le dio fondos para traer un simulador de vuelos de los Estados Unidos?

Gira la silla con una sola mano y avanza por el pasillo. Atrás queda el ventanal con las cortinas corridas. Desde la cima de la escalera puede ver el vestíbulo: las ramas dentro del jarrón chino que se disputó con una hermana y el perchero donde cuelga la campera que se olvidó el día del accidente; a la derecha, por la puerta entreabierta: las cuatro sillas del comedor, la cabecera de la mesa, uno de los candelabros y la mitad de la sopera de plata con el monograma de su familia paterna. Allí, el mismo arquitecto que corrió la columna para poder apreciar las sierras, decidió colgar el

cuadro de un pintor holandés. La pintura representa una playa ancha y vacía en donde juegan unas niñas. Arena, cielo, mar y, detrás de las niñas, el gesto de una mujer a quien se le vuela un pañuelo. Antes del accidente, cuando Amelia se detenía frente a la pintura del holandés, las dunas le llegaban a la altura de los ojos y podía separar los colores de la arena formada por miles de puntos; lagrimea al recordar las pinceladas de esas dunas. La preocupación por su hijo Sebastián disminuye. La casa está en silencio, no oye que vuelva a sonar el timbre ni tampoco que Felisa haya atendido la puerta; un fuerte olor a cera sube desde la sala. Gira de nuevo la silla y regresa al cuarto. Esa es una de las ventajas de su tragedia: ahuyenta cualquier otra preocupación. Por un lado, piensa que ya le sucedió en la vida todo lo malo que le iba a suceder. Por otro, apenas surge el menor atisbo de una inquietud, recrudece el propio dolor. La invalidez parece gritar: «Yo estoy primero, hagan el favor de no molestar». Cierra la puerta de la habitación. Pasa delante de la manta tirada en el piso y la mira con la intensidad de un ruego; después, sin apuro, se dirige al tocador, repleto de pañuelos de papel y frascos, y enciende la radio. Sintoniza un programa de música clásica: comienzan los primeros acordes de una sinfonía. Amelia está a punto de reconocer el autor y abandonarse a la melodía, pero se siente contrariada, aprieta el puño y se golpea la rodilla inerte. Últimamente solo la entretienen los movimientos del taller mecánico: quiere saber todo sobre los hermanos que se instalaron de un día para otro en el terreno vecino y amontonan chatarra pero hoy ni las sierras ni la curiosidad por los mecánicos logran distraerla; un único pensamiento la martiriza y culpa a la campera que ese día funesto se olvidó en el perchero: «Si la hubiera descolga-

do», piensa resignada, «quizá me demoraba unos minutos y no embestía a la vaca». Cruza las manos sobre la falda. Aparecen en su mente, bien definidas, las patas del animal que rompió el parabrisas, la cabeza partida como una inmensa sandía, y el cuerno que casi le perforó la garganta; a su lado, Lorraine, inclinada con elegancia, la cara intacta, preciosa, por la que corría un hilo de sangre finito, un rasguño apenas, que le hizo creer que vivía. Aunque enseguida, al bajar la vista, se dio cuenta de que la guantera se le había incrustado en el pecho y a partir de allí todo era una masa informe: estaba destrozada, como si la hubiera rebanado una sierra eléctrica. Finalmente su amiga terminó igual que uno de esos maniqués para pelucas. No puede retener una sonrisa. Lorraine, de quien todos decían: «Es una muñeca». Amelia cierra los puños con fuerza, hasta sentir que las uñas la lastiman; unos instantes antes de que embistieran la vaca, Lorraine había exhalado el suspiro propio de una adolescente enamorada, no de una mujer que orillaba los sesenta. La razón de ese suspiro era un enigma que muchas veces ella creía tener resuelto; de ese suspiro dependía que sintiera culpa o no. Amelia se acerca a la radio y sube el volumen. Casi en voz alta, compitiendo con el sonido de la radio, las imágenes de la vaca, y el pecho de Lorraine destrozado, se dice: «A Sebastián no le pasó nada, las malas noticias llegan pronto». Además, el tipo de catástrofes que le suceden a su hijo se solucionan con dinero. Sebastián es vago y pedante. Algo más que le debe al accidente: la evaluación sin sentimentalismos de sus hijos. Retrocede para levantar la manta, se la echa sobre las piernas inmóviles y vuelve a dormir de cara al jardín mientras las hojas secas corretean al ras del suelo y se esconden debajo de las hortensias; la sinfonía concluye el segundo



movimiento. Entonces el timbre comienza a sonar de nuevo y Amelia, a pesar de su buen oído, no oye las protestas ni los pasos contundentes de Felisa sobre el piso recién encerado.

Felisa llega a la puerta secándose las manos en el delantal. Cuando abre, se encuentra con Angie, que unos minutos antes se había detenido para observar las figuras talladas en el aljibe y ahora espera ansiosamente que la atiendan.

—¿Por qué asunto es? —pregunta Felisa sin rodeos.

—¿La señora Amelia Sáenz Valiente?

Felisa es alta. Cualquier novedad la hace desconfiar, si le tocara la puerta su propia sombra desconfiaría. Dice:

—La señora no recibe. Si quiere, déjeme su nombre y un número de teléfono.

Angie se desconcierta. «Se supone que en el interior la gente es más dada.» La mujer que tiene delante apenas parpadea: los pómulos marcados, sin cejas, y el pelo con unos extravagantes reflejos rubios. Pero Angie no insiste y hurga en el bolso: saca una agenda muy abultada —sujeta con una banda elástica—, extrae una tarjeta, y se la extiende a la mujer que la recibe con la punta de los dedos.

Felisa lee: «Decoraciones de la Ribera», y más abajo, en una letra casi ilegible: «Angie O...»

—Ya le dije —repite—. La señora no recibe —y en un tono menos hostil—: pero yo le doy su tarjeta, quédese tranquila.

Angie viste un tapado de solapas anchas color chocolate —un talle o dos más de lo necesario— botas de cuero y pañuelo al cuello. Despide el olor dulzón de los jazmines. Se nota que hubiera estado más cómoda con unos jeans y

una remera, y que, como no le importa demasiado su aspecto, eligió una fragancia cualquiera. Sin mucha convicción, explica:

—Es por un asunto que puede interesarle.

Felisa se toma su tiempo, mira las hojas que corretean por el jardín y piensa: «Flor de reto se va a ligar el chico de los Lozano, primera semana y dejar todo así». Después clava los ojos cansados en la jovencita que mide casi dos cabezas menos que ella, se detiene en el mentón pronunciado, curiosamente levantado como la punta de una chanela turca:

—Lástima que usted se vino de la Capital —asegura convencida—. Hubiera sido mejor llamar antes. —Más considerada, añade: —Para no molestarse, digo.

La joven asiente y se agacha para acariciar un gato negro que no deja de refregarse contra el marco de la puerta y maúlla mostrando unos dientes peligrosos como las espinas de un cactus.

Felisa también se agacha.

Quedan frente a frente: Angie aspira el fuerte olor a lavandina que emana Felisa y Felisa puede ver de cerca la nariz respingada de Angie, los labios finos y ese mentón en punta que le da un aire pícaro. Y el gato negro en el medio, acariciado por ambas. Después de unos minutos, Felisa quiebra el silencio:

—Pase en otro momento, ¿sabe?, la señora Amelia no anda nada bien. —Se pone de pie con el gato en los brazos y enigmáticamente murmura: —Será por el aniversario, pienso yo.

Angie se incorpora sobresaltada; de repente toda la ropa parece quedarle muy grande.

—Morticia —dice Felisa, con un ligero cabeceo.

La muchacha tarda unos segundos en comprender:

—Ah, es gata —exclama por fin.

—Sí. Los gatos son una porquería.

—No crea. Yo tengo un siamés divino —Angie se acomoda el tapado que se le había deslizado por los hombros.

—Me costó un montón dejarlo. Es la primera vez.

Felisa frunce la nariz:

—Los machos son peleadores. —Aprieta a Morticia contra su pecho y, señalando un muro cubierto de hiedra, dice: —Hay uno gris que se aparece por allá. Viene todo lastimado. Yo agarro unos cascotes del baño que demolieron y se los tiro, pero el muy maldito sigue viniendo. De puro cabeza dura, porque viera usted cómo le doy. Más de una vez le dejo el hocico sangrando.

Angie, con el tapado ya en su lugar, mira la hiedra de hojas grandes; cuando sopla viento se agitan como si fueran cientos de abanicos. Al cabo de unos instantes, reflexiona:

—No me queda otra: A Judas voy a tener que castrarlo.

La mujer entrecierra los ojos y fija la vista en el muro con la hiedra, parece que esperara al gato para tirarle un cascote:

—¿Usted vive en departamento?

—Sí.

Felisa se acerca tanto a Angie que los pelos de la gata le hacen cosquillas en el mentón.

—A una amiga de la señora Amelia —cuenta la mujer— el gato se le tiró por el balcón —hace una pausa—: Y era de esos que usted dice.

—¿Siamés? —pregunta Angie.

—Eso, sí.

—A veces los gatos se caen.

—No se cayó —Felisa baja la voz—. El animal lo hizo a propósito. La dueña lo vio clarito, clarito: tomó envión y saltó.

—¿Seguro que era siamés? —pregunta Angie.

—Así dijeron. —Felisa retrocede y aclara: —Son esos de los ojos celestes.

Detrás de la mujer, Angie distingue un gran vestíbulo con una cómoda estilo colonial y un perchero del que cuelgan varias prendas y sombreros. Sobre la cómoda hay un jarrón con ramas y algunos objetos que no sabría precisar —¿Porcelanas? ¿Cajas?—. Al fondo, se ven los primeros peldaños de una escalera: maciza, señorial, que, como la cola de un vestido principesco, traza una leve curva. Sí, la casa debe de ser tal cual le contaron y, seguramente, cuesta una fortuna mantenerla. Durante unos minutos ninguna de las dos dice una palabra. De pronto, se oye la campanada de un reloj: grave, solemne como la de una iglesia. A la mujer que le abrió la puerta no se le mueve un solo músculo: sigue esperando inmóvil con la gata en brazos. «¿Qué clase de reloj será?», se pregunta Angie. Un anticuario que ella conoce sabría de qué reloj se trata. Extrañada, la joven retoma la conversación:

—Qué raro. Nunca oí que un gato se suicidara.

Felisa hace un gesto que parece afirmar: «Es así como yo le digo», y clava la vista en las copas de los árboles. La mano que la mujer tiene apoyada sobre Morticia es grande, ocupa casi la mitad del cuerpo del animal; los dedos cortos y gruesos, de uñas rectas, emanan la fuerza de unas tenazas. Las campanadas terminan y sobreviene ese silencio irreal que aparece después de tanta sonoridad. De pronto, Felisa deja a la gata en el piso y exclama:

—¡Viento de porquería, nunca trae nada bueno! —Y persigue unos plásticos que dan vueltas entre las patas de una silla de la galería.

Angie gira y sigue el recorrido de la mujer. Felisa continúa hablando, inclinada casi a la altura del piso:

—Parece que los delfines también se cansan de vivir. Lo vi en la tele. —Atrapa las bolsas de plástico y se las muestra a Angie satisfecha, como si hubiera atrapado un bicho peligroso. Angie se corre al sol y la mujer guarda las bolsas en el bolsillo del delantal mientras dice—: Y ¿sabe qué?

—No —alcanza a decir Angie, sintiendo el calor del sol.

—La gente iba a la playa con cuchillos y cortaban rodajas de delfín —cuenta Felisa entusiasmada—. De los delfines esos que suicidaban. Será como el pollo, pienso yo, ¿no?

El cielo se cubre de unas nubes muy blancas, bajas, de ribetes ondulados. El pronóstico para los días siguientes anuncia una ola de frío: por la mañana heladas fuertes y muy ventoso por la tarde. Angie se detiene en los reflejos rubios de la mujer: ¿cuánto tiempo hará que lleva el pelo de ese color? Siente un cansancio terrible, pero le sigue la corriente:

—Había oído, sí. De los delfines y de las ballenas. Pero de los gatos nunca.

Felisa vuelve al umbral y Morticia nuevamente se frota contra una de sus piernas. La mujer toma a la gata en brazos:

—La señora Amelia —explica— dice que hay gatos que odian la vida que les hacemos vivir. Vaya a saber si es cierto. ¿Cómo saber una cosa así?

Angie siente que las botas le aprietan los pies y, quizás ante la mención de la dueña de casa, recuerda el propósito de su visita:

—¿Le parece entonces que pase en otro momento?  
¿Amelia podrá recibirme?

Felisa hunde la mano en el pelo de Morticia, la gata ronronea:

—Yo le aviso a la señora Amelia que usted vino. Dentro de un rato, cuando le subo el té, le doy su tarjeta —hace una pausa—. Pero si usted quiere insistir.

«Falta que diga “es problema suyo”», piensa Angie y, decidida, responde:

—Sí. Paso mañana. A las diez, diez y media. ¿O es muy temprano?

Felisa se muerde los labios, la falta de cejas hace que su cara resulte enorme:

—A las diez viene el masajista —anuncia lentamente, como si repasara las actividades que lee en un cuaderno—. Y la señora Amelia después de los masajes se pone...

La frase queda inconclusa porque Felisa sigue con la mirada el brazo que Angie estira para acariciar a Morticia. Pero la gata al sentir la mano que se acerca, abre los ojos, muestra sus dientes como espinas y lanza ese bufido ronco y amenazador de los felinos.

La joven retira el brazo molesta y Felisa sonrío con el orgullo de un domador:

—Por la tarde, mejor. La señora Amelia está menos rezongona —y de este modo completa la frase que había dejado a medio terminar.

—Bueno. Entonces, vuelvo mañana a las tres. —Angie garabatea algo en la agenda pero no la sujeta con la banda elástica ni tampoco la guarda en el bolso. Aclara—: Me interesa hablar con la señora Amelia. Es algo que puede ser conveniente para ambas. Dígale que no voy a robarle mucho tiempo.

Felisa mueve la cabeza:

—No, si no será por el tiempo, se lo aseguro —lanza un suspiro entrecortado—. Eso nos sobra a las dos.

—Muy bien —murmura Angie conforme, y Felisa siente una repentina curiosidad por el motivo de la visita. ¿Para qué habrá venido de la capital vestida así? Al principio, ella hubiera jurado que traía una mala noticia. Pero parece que se trata de otra cosa. Acá hay dinero. ¿Será de una inmobiliaria? Ya insistieron tantas veces, y Amelia siempre los sacó volando. Incluso, una vez, después de una de esas visitas le dio un pico de presión. Angie toma la iniciativa:

—Estoy en la posada Los cipreses, por unos días. Así que me vengo mañana sin falta.

—Hasta mañana —dice Felisa, y recalca: —si Dios quiere.

—Si Dios quiere —repite Angie, aunque no es su costumbre. Y empieza a caminar por el camino de lajas, de regreso a la entrada oculta por un inmenso jazmín en flor. Un perro negro echado junto a una pila de leña levanta la cabeza, sigue el recorrido de la muchacha y vuelve a echarse. Debajo de un árbol, zumba un enjambre de abejas. Los cuerpos de los insectos brillan como si fueran las cuentas de un collar roto.

Felisa mira desconcertada la figura envuelta en el tapado chocolate. Susurrando, dice:

—Ah, en Los cipreses, la posada de la señora María Teresa. No la conozco, pero dicen que cuesta un ojo de la cara —parpadea—. ¿Será un buen lugar? ¿Qué pensás, Morticia?

A pesar de la temperatura agradable, el otoño ya insinúa los días invernales, cuando en las ramas del níspero las gotas de hielo forman racimos caprichosos y la hiedra del muro, por donde se cruzan los gatos machos, pierde sus hojas ahora rojizas. Una ráfaga aleja el humo de una

chimenea vecina, caen al pasto los frutos de los paraísos, arrugados y venenosos, capaces de matar un lechón goloso; y unos lirios violetas se doblan como caballeros bien vestidos.

Felisa no entra, se queda en la puerta, con la gata en brazos, balanceándose, acunándola. En el lavadero dejó en remojo las cortinas del escritorio y unas servilletas que puso el día que se quedó a almorzar el doctor Richard y ella, por expreso pedido, le hizo papas fritas y pollo al pimentón. «Buen doctor, pero para comer no tiene modales», piensa al recordar ese almuerzo y las manchas que quedaron en la servilleta que usó don Richard. «Pasa, pasa con la gente que piensa mucho: es sucia.» Y enseguida le acaricia la cabeza a Morticia: «Dicen que él también anduvo detrás de la señora Lorraine. ¿Quién no? Además, la señora Lorraine cambiaba de gallo muy seguido. No como nosotras, que sabemos estar solas. ¿Cierto, Morticia?»

Cuando Angie pasa delante de uno de los faroles del jardín, por donde trepa una enredadera que en julio se cubre de flores color naranja, tropieza y casi se golpea la cara contra las lajas del camino: la correa del bolso se le desliza por el hombro y la agenda, abriéndose de par en par, cae al piso: una serie de papeles salen volando como salen los patos con los tiros de los cazadores. Sin embargo, Angie se incorpora de inmediato y, a los saltos, retrocede y se sienta en un banco de piedra que tiene una de las esquinas rotas. Felisa coloca a Morticia sobre un gran macedero con una azalea de pimpollos quemados por el sol y acude a su lado.

Una bandada de golondrinas cruza el cielo.

—Suerte que no se lastimó —dice Felisa, unos pasos antes de llegar.



—Suerte —responde Angie sin levantar la vista, con el taco en la mano, mirándose las piernas de rodillas huesudas. El tapado color chocolate, el bolso y la agenda que perdió varias páginas forman una pila junto a la esquina rota del banco.

Los maullidos de la gata se hacen más fuertes y desesperados. Felisa da media vuelta en dirección a la casa, y promete:

—Ya voy, ya voy. ¡Qué cosa! Cuando tiene hambre, no me deja tranquila. Para fingir cariño estamos los humanos, ¿eh?

La muchacha levanta los ojos, y entre las cejas se le marca una arruga; un mechón color avellana le cubre la mitad de la cara. Flexiona las piernas. Felisa la mira desde arriba:

—No será por barata —sentencia.

Angie frunce la cara.

—Digo —aclara Felisa molesta—, que no será por barata que se le rompió la bota.

A lo lejos, se oyen unos ladridos y el perro echado se levanta y cruza el cerco. Unas cuantas flores amarillas se le quedan pegadas a la cabeza.

Felisa chista y le ordena al perro que vuelva, mientras Angie se quita la bota sin taco.

—Cualquier zapato se hubiese roto —explica la joven—. El taco se enganchó en una piedra; lo arrancó entero, mire.

—¿Dónde? —Felisa deja de llamar al perro. Incrédula, repite: —¿Dónde?

—Allá. —Angie señala un punto impreciso en el camino de lasajas—. Suerte que no llegué al piso, me hubiera roto los dientes.

Felisa se desploma en el banco:

—Si usted lo dice.

Regresa la bandada de golondrinas, forman un triángulo perfecto como si estuvieran sujetas por un alambre invisible. Enfilan para las sierras y dejan el cielo vacío e inmenso. Las dos mujeres se miran.

—¿Conoce un zapatero? —pregunta Angie.

Felisa toma el taco. Lo examina. Pasa el dedo por los clavos que han quedado expuestos y se fija que no se haya partido la madera:

—Venga, venga conmigo. —Se pone de pie. —Le doy unos martillazos y sale del apuro. Aunque mañana tiene que llevarla al zapatero —y añade lastimosamente: —¡Un zapato tan fino! Quién diría que puede estar mal hecho.

Angie renguea detrás de Felisa que camina delante con el taco de la bota en el bolsillo.

Arriba del macetero, Morticia espera.

—Ya, ya va. A esta hora le doy leche. Pero se la rebajo con agua porque a los gatos la leche no les hace bien; igual a ella le gusta. Y la verdura. Morticia es loca por el coliflor. ¿Su gato también come verduras?

—No —responde Angie y desvía la mirada hacia el aljibe. La cuarta figura es un Mercurio con pequeñas alas en los talones.

Mientras Felisa busca algo detrás del macetero. Angie se apoya en el marco de la puerta. Felisa saca un felpudo, lo pone en el piso, y se limpia los zapatos; después, vuelve a levantar a la gata en brazos. Angie, con una sola bota puesta, no cree que deba limpiarse. Ambas mujeres entran en un vestíbulo, de techos altos y cortinas de telas pesadas, donde las recibe el olor a cera y el tictac de ese reloj invisible. Sobre la cómoda, Angie reconoce un par de figuras de porcelana, una pareja estilo Luis XV que desentona con el

resto del mobiliario, en especial con la cómoda colonial de herrajes herrumbrados y con el cuadro de una Virgen cuzqueña. La mujer de porcelana tiene las mejillas rosadas, un vestido de escote pronunciado y corsé; uno de sus brazos está quebrado a la altura del codo y se puede ver la línea del pegamento con el que intentaron repararla. El caballero, con su atuendo ajustado —pantalones a mitad de pierna y levitón—, extiende un brazo en dirección a la damita, como si la invitara a bailar o quisiera ayudarla a bajar la escalera. Miden unos treinta centímetros cada uno y en sus ropas predomina el celeste.

Felisa observa de reojo a Angie y pasa el dedo de la mano libre por la cómoda:

—Estos dos no son de acá —dice. Enseguida levanta el dedo lleno de polvo y pregunta: —¿Qué le parece esto?

Angie, acostumbrada a la penumbra del interior, se encoge de hombros.

—Asqueroso —declara Felisa—. En su situación, Yamila debería cuidar mejor el trabajo. Pero la gente no piensa y después las cosas terminan como terminan.

Caminan por un pasillo estrecho que comienza a la derecha del vestíbulo. La mujer da unos pasos muy largos y Angie la sigue mirando el piso; lleva el tapado, la bota que perdió el taco y la agenda, todo hecho un gran ovillo contra el pecho; el nudo del pañuelo se aflojó y muestra el dibujo de unas herraduras doradas. Pasan delante de dos puertas cerradas y de un cuarto que despide olor a jabón en polvo, donde de una soga cuelgan varias camisas blancas, todas iguales.

Antes de entrar en la cocina, prácticamente en el umbral, la mujer se da vuelta y enfrenta a Angie con su cara grande, de pómulos marcados y sin cejas.

—Al final, ¿usted cómo se llama? —pregunta con brusquedad.

La muchacha tambalea:

—Angie.

—Ah, sí. —Felisa toca aliviada el bolsillo del delantal donde guardó la tarjeta que le dio la joven, el taco de la bota y las bolsas de plástico sucias que trajo el viento.

—Angie Ocampo —completa la joven.

—Ah, era Ocampo —dice Felisa, y, en tono de reproche, añade: —La tarjeta tiene una letra muy chica para una vieja como yo.

—¿Y usted? —pregunta Angie.

—¿Yo qué?

—¿Cómo se llama?

—Felisa Morales.

Entran en una cocina amplia y luminosa, de baldosas blancas y negras y un gran ventanal. Las paredes, a la altura que terminan los azulejos, están decoradas con dibujos de frutas y verduras: ananás, tomates y berenjenas. Sobre las hornallas reluce una de esas campanas de acero que se utilizan en los restaurantes para purificar el aire; cuelgan repasadores y guantes para sacar las fuentes del horno, recuerdos de un viaje a la isla de Mykonos o de una visita a la Torre de Londres. En un estante pintado de amarillo se amontonan frascos y coladores de bambú y en otro pintado de verde se exhibe una colección de morteros que incluye una pieza de piedra volcánica; cuando el sol llega a los estantes tres copas de cristal azul proyectan círculos sobre las baldosas. En las dos heladeras enormes como osos se podrían almacenar provisiones para varios meses. Felisa se detiene frente a un aparador antiguo, coronado por una frutera con una pirámide de manzanas verdes.

—¿Usted es pariente de la señora Amelia? —pregunta la mujer—. Había unos Ocampo por parte de la madre de la señora.

Angie no imaginó encontrar una cocina en tan buen estado: es un lugar inusualmente alegre. ¿Amelia habrá pensado en explotar la casa como hotel? ¿Para qué unas heladeras tan grandes? Apoya sus cosas en una silla y se desploma en otra.

—Amelia es tía de una prima mía —responde Angie.

Felisa deja a Morticia sobre la mesada, saca el taco del bolsillo y abre un cajón del aparador antiguo.

—Entonces —dice Felisa—, usted debe saber lo que le pasó a la señora.

Angie apoya los codos en la mesa, cubierta con un mantelito a cuadros. Siente un enorme alivio en el pie sin bota.

—Bueno —duda Angie—. Sé lo que sabe todo el mundo.

Felisa cierra el cajón y abre uno de más abajo:

—¿Dónde habrá puesto esta muchacha el martillo? —Se vuelve y enfrenta a Angie, una mano sobre la cintura. —Saber, saber... Cada uno sabe lo que quiere.

La gata corretea por la mesada y maúlla. Felisa deja el cajón y abre la heladera:

—Mejor atiendo a Morticia.

La rama del árbol golpea el cristal como si pidiera permiso para entrar. Angie dice:

—Me contaron que Amelia tuvo un accidente y que no puede caminar. Hace tres años chocó con un caballo.

—Vaca —Felisa vacía el contenido del cajón: abrelatas, sacacorchos, varios pelapapas y unas cucharitas para helado. —La señora Amelia chocó con una de esas vacas blancas con joroba, acá no hay muchas pero con una sola alcanza y sobra para chocar. Sabe cuáles digo, ¿no?

Angie asiente.

—Un caballo es más alto —continúa la mujer—. Hubiera entrado por el parabrisas y se hubieran matado las dos.

«¿Dos?», piensa Angie. «No me acuerdo de que me contaran que viajaba con alguien. ¿Con quién?», pero la exclamación de Felisa interrumpe sus pensamientos:

—Ah, ¡acá estabas! —grita la mujer entusiasmada, y cierra el cajón—. A la señora Amelia se le destrozó la columna y eso no hay santo que lo cure. Ni en Cuba pueden. Mire, acá encontré el martillo. La Yamila lo guardó en cualquier parte. Con esto salimos del apuro. —Felisa esgrime la herramienta frente a los ojos de Angie.

—A un amigo de mi hermano —cuenta Angie—, le pasó lo mismo: quedó parálítico por un accidente.

Felisa, inclinada sobre el taco, pregunta:

—¿Chocó con una vaca?

—No. Él chocó con otro auto.

—Entonces no le pasó lo mismo —responde Felisa y le da un golpe al taco.

Angie observa los estantes: los frascos, la licuadora, el molinillo manual para el café, los ramos de laurel y la colección de morteros, todo está limpio y ordenado. «¿Cuánto personal se necesitará para mantenerla así?» Según le dijeron, Amelia no tiene un peso.

Felisa controla que el taco esté firme. Dice:

—Yo, cuando la señora Amelia se deprime, le digo: «Piense en Lorraine, tan linda, y se murió así, enemistada con todo el mundo. Usted en cambio tiene, como quien dice, una segunda oportunidad».

—¿Por qué? —pregunta Angie—. ¿Amelia es de llevarse mal con la gente?

La mujer piensa unos segundos:

—Como cualquiera. Es imposible gustarle a todos. —Guarda el martillo en el último cajón y le entrega la bota a Angie. —No seré zapatero —dice—, pero le sirve para llegar al hotel. Mañana vaya a lo del Cacha. Acá nomás, en la calle detrás de la municipalidad. El Cacha es el único. Dígale que la necesita en el día, porque si no, capaz que la tiene un mes dando vueltas y usted debe andar a los apurones.

—Gracias —dice Angie y deja la bota en el piso—. No sabía que cuando Amelia se accidentó había muerto alguien.

Felisa guarda el martillo, acerca una silla a la mesa.

—Sí, la señora Lorraine, una amiga de la señora. Bastante más joven. El día y la noche, pero eran amigas. Esas figuritas de porcelana que usted miraba allá en la sala eran de la señora Lorraine. Nadie se anima a sacarlas. —Levanta los hombros. —Ella murió la misma mañana que las trajo. Para arreglarlas, creo, porque Amelia conoce una chica que arregla la porcelana como nadie, ni una marquita queda. Yo una vez rompí...

—¡Pobre Amelia! —exclama Angie.

—Y, sí, le tocó una fea: matar a la mejor amiga.

—Fue un accidente —asegura Angie muy convencida, ligeramente horrorizada por el comentario de Felisa—. No creo que haya querido matarla.

Felisa se toma su tiempo, está sentada frente a Angie.

—Fue culpa de la señora Amelia —dice—. Así dijeron todos: el juez y la policía. Después arreglaron con Fede, el hijo de la señora Lorraine —pausa—. ¡Qué se va a hacer! En algún momento a todos nos compadecen. ¿A quién no?

La gata juega con los reflejos de las copas sobre el piso; Angie y Felisa se quedan calladas y siguen el recorrido del

animal que corre y desaparece debajo del aparador donde las manzanas forman una pirámide.

—Morticia sabe que es un círculo de luz pero igual juega —asegura Felisa con satisfacción. Y enseguida, echa una rápida mirada al reloj, y pregunta: —¿Quiere tomar algo? En un rato tengo que atender a la señora pero puedo ofrecerle un café o un té, lo que prefiera. —Se pone de pie y enciende una hornalla. —Ahí, en la posada donde está usted, deben cobrarle hasta por el agua de la canilla.

Angie no disimula una sonrisa.

—Un té caliente me vendría bien —dice—. Se va el sol y hace frío. ¡Tan lindo que estaba el sol!

—Es la altura, señorita Angie.

Felisa corta pan sobre una tabla. La cocina se llena de olor a tostadas. En un santiamén, coloca sobre la mesa una tetera de barro y servilletas a cuadros que hacen juego con el mantel. Angie no espera: se abalanza sobre las tostadas.

Felisa la observa encantada: sus extravagantes reflejos rubios forman rayas parecidas a un estampado. Mientras tanto, se ceba unos mates en una calabaza gastada con una arandela de plata en el borde. Casi afirmando, la mujer le dice a Angie:

—¿Usted no estará pensando en venirse a vivir acá?

Angie, indecisa entre el dulce de leche y una mermelada, le responde:

—¿Por qué? Todavía no lo recorrí, pero parece un lugar lindo, me gustaría vivir fuera de la ciudad. Buenos Aires es una locura. Ni gatos se puede tener.

Felisa frunce la cara y mueve la cabeza. Cuando toma mate, la boca se llena de pliegues.

—¿No le gusta? —pregunta Angie.



–Yo soy del Chaco –responde Felisa, mientras con la mano libre alisa el mantel a cuadros.

–Ah.

–De un pueblito chiquito con río. Y otra gente. Acá no me acostumbro.

–¿Y piensa volver?

–Ahora no puedo dejar a la señora Amelia. Ella se portó muy bien conmigo, imagínese.

Suena un teléfono.

Felisa da vuelta la cabeza: el aparato está escondido detrás de un gran canasto con ropa doblada. Deja el mate y se pone de pie.

–A esta hora –la mujer vuelve a mirar el reloj– suele llamar Luisa, la hija de la señora. A ver qué quiere ahora. ¡Doña Luisa sale con cada cosa!

Angie toma la tetera con cuidado y se sirve otra taza. El té le parece delicioso y el dulce de leche, casero.

Felisa atiende:

–Sí, señora Luisa.

–Igual, está igual.

–Usted la conoce, no es nada nuevo que rezongue.

–Todo, señora, yo sigo el programa como usted me dejó escrito.

–También, los baños con ese aceite, sí.

–Queda, todavía queda. ¿No me dijo usted que pusiera veinte gotas nomás?

–Bueno.

–Le avisé, pero me dijo que no tiene factura.

–No sé, señora, cómo hace. Pero acá casi nadie tiene factura, eso me dijo que le dijera.

–Yo repito sus palabras.

–Bueno, sí.

—¿Los chicos bien? ¡Deben estar enormes! ¿A la Juanita ya le salieron los dientes?

—Yo a ustedes les ponía un clavo de olor en la encía y el dolor se les pasaba enseguida.

—A su hermano le dolieron más. Pero a usted también le dolieron, lo que pasa es que no se acuerda.

—Clavo de olor, en cualquier lado. ¿O en Buenos Aires ya no venden clavo de olor?

—Damián Lozano, empezó hace unos días, la señora lo puso a prueba. El Alberto ya no puede solo, es mucho.

—Damián es el hijo de Matilde.

—Tuvo problemas, sí.

—No se supo bien: si él le pegaba a ella o ella a él.

—Ajá.

—Como usted quiera.

—¡A ver cuando trae a los chicos, señora!

—Usted sabe lo que pienso: una casa sin chicos es un cementerio.

—Adiós señora, saludos al señor Enrique.

Felisa cuelga y se queda unos minutos mirando el teléfono, como si se hubiera olvidado de decir algo. Después vuelve a sentarse.

—Era la señora Luisa, la hija de la señora —Felisa toma el mate. —Mandó unos aceites para la señora Amelia y quiere que ya hagan efecto. ¿A usted le parece? Son jóvenes y andan apurados, debe ser eso. —Levanta la pava y cebá. —Aj, qué frío, pero ahora ya está. ¿De qué estábamos hablando nosotras?

Angie responde:

—De su pueblo.

—Ah, sí. El Chorrillo se llama. Porque hay agua por todas partes. Una vez me traje un helecho y se me murió enseguida. Ni una semana duró.

—Los helechos son difíciles —Angie se agacha y toma la bota.

—En mi pueblo no —asegura Felisa—. ¿Y sabe qué? ¿Vio los loros?

Angie se desconcierta, vuelve a dejar la bota:

—¿Qué loros?

Pero Felisa no oye, gira la cabeza, y la luz le ilumina los ojos achinados. Dice:

—Los loros de mi pueblo son otra cosa, no estas cotorras de miércoles que hacen ruido y no sirven para nada. Allá son loros de verdad, aprenden. —Se pone de pie y se acerca a la cocina. —Mejor voy a cebar otro —dice, mientras abre la canilla y llena la pava.

Angie, entusiasmada, dice:

—Esta vez le acepto uno. ¡Qué sed! ¿También es por la altura?

Pero Felisa no responde, cambia la yerba y cuenta:

—Mire, aunque le parezca mentira, en mi casa había un loro que arreaba las cabras.

—¿Sí?

—Volaba y gritaba «¡Cabras!» y las cabras se separaban de las ovejas y entraban en el corral. —La mujer enciende una hornalla. —Me acuerdo de estar afuera, a la noche, con la luna grande al fondo, y el loro a los gritos llevando las cabras. No volvía hasta que entraban todas y mi mamá le daba un gajo de naranja o un pedazo de pan. El pan con chicharrón lo volvía loco.

—¡Qué increíble! —exclama Angie, colocándose por fin la bota.

Felisa se da vuelta, a sus espaldas la pava empieza a lanzar un silbido, extenuado, como el de una locomotora que llega a destino. La mujer se queda unos segundos

con la mirada fija en la pared y, antes de apagar el fuego, dice:

–De tanto escuchar a mi padre pienso yo que el loro sabía.